

te á Dios y de estar unida con Él, sentirse llagada de su amor. A lo menos, á San Pablo poco le parece que ha hecho el que no ha recibido llagas y derramado sangre, resistiendo á los pecados por Cristo (1).

(1) Heb., 11.



CAPÍTULO III

DE LAS CADENAS DEL AMOR Y DEL SEGUNDO TRIUNFO

VA tengo dicho en el principio de este tratado que, quien no supiere de amor, no le lea, porque entenderá poco ó nada de lo que en él se trata. Y si alguno le leyere, cuando llegue á este capítulo que trata de cadenas y ataduras, si se sintiere cautivo de algún vicio, pida á Dios de antemano le desate y rompa las cadenas con que el demonio le tiene preso, para que merezca ser prisionero de su divino amor, cuyas prisiones son salud y libertad; así lo dice el Eclesiástico (1): «Los grillos que la sabiduría encarnada, Cristo, te echare, servirte han de amparo fuerte y defensa segura, y de basas sólidas, sobre que se podría fundar todo el edificio espiritual; y el collar de amigo suyo redundará en una estola de gloria, que es ornamento de bienaventurados» (2). «¿No os parece que pierde ami-

(1) Et erunt tibi compedes ejus in protectionem fortitudinis.

(2) Et basses virtutis. Et torques illius in estolam gloriæ.

go el que se deja aprisionar de Cristo? Santiago lo dijo bien claro: que, quien quisiere la amistad del mundo, se debe tener por enemigo de Dios. Luego, quien se dejare cautivar de Cristo y entrare los pies en los grillos dorados de su Ley, pierde amigo y gana amigo. Y ¡qué bien parece un alma con este collar al cuello! En este pierde amigo está la hermosura de vida» (1). Y sus cadenas, no á secas, sino cadenas de salud, cadenas que dan al alma verdadera libertad, hacen de cautivos libres, y de siervos y esclavos del demonio hijos de Dios. Pues de estas cadenas libertadoras, gloriosas y llenas de hermosura, hemos de tratar en este capítulo. De las cuales dice Dios por el profeta Oseas (2): «En las cadenas de Adán y en las prisiones de la caridad tengo de traerlos». San Jerónimo y los setenta intérpretes, por Adán pusieron hombres. En las cadenas de los hombres y en las ataduras de la caridad allegaré y traeré á Mí á mis siervos. Como si más claro dijera: No con amenazas ni con azotes ni con espantos tengo de traer á Mí las almas, quédense esos medios para las bestias, sino con lazos y cadenas de amor, como á los hombres. Aquella palabra *traham* dice gran fuerza de parte de Dios, arrebatarlos he, traerlos he,

(1) Decor enim vitæ est in illa, et vincula illius alligatura salutis.—Ecclesiastici, cap. 6.

(2) In funiculus Adam traham eos, in vinculis charitatis. Os., II.

aunque más asidos estén á las cosas del mundo; tanta será mi benevolencia y amor para con ellos. Así los acariciaré y regalaré con mis beneficios, que los obligaré y forzaré á que, aunque no quieran, queriendo me sigan. El caldeo Paraphraste dice (1): «Como se suelen traer los hijos muy queridos, conviene á saber, con halagos y con beneficios, así traeré yo á mí las almas atadas y presas, con la fortaleza de la caridad». Ruperto, abad, vasa con nuestra traslación, y dice que realmente, en estas palabras, da la suya Dios de hacerse hombre y morir por los hombres, y dárselos en comida en el sacramento del altar. «Trájonos, dice, en las cadenas de Adán, porque, haciéndose Dios hijo de Adán, se hizo nuestro hermano, y nos juntó á Sí con extraña unión y con ataduras fortísimas de su infinita caridad. Nunca los hombres acabaron de entender que Dios los curaba y los amaba, hasta que se hizo hombre y murió en un palo por ellos».

«Muchos medios buscó Dios, dice un doctor (2), para traer á Sí los hombres, pero ninguno de ellos bastó; antes, como cuenta la Escritura de aquel pueblo escogido, con los favores y beneficios divinos se hacía peor cada día; tanto, que vino á decir, como cansado y admirado

(1) Chaldeus Paraphrastes inquit. Sicut moris est trahi filios dilectos, traxi eos fortitudine charitatis.—Rupert.

(2) Fray Tom. de Villanueva.—Deut., 32.

de tanta dureza: ¿Qué tengo de hacer de ti, Efraín y Judá? Muchos medios he intentado y buscado para que los hombres dejen la vanidad y me sigan, y ninguno sirve de nada; uno sólo resta para convencerlos y obligarlos, que es darles á entender cómo infinitamente les amo, haciéndome hombre». No hay cosa tan poderosa para rendir y arrebatarse corazones, aunque de diamante, como el amor. Admirablemente lo dijo esto Séneca á un amigo suyo, por estas palabras: «No tienes que buscar hechicerías para el amor, que yo te daré un encantamiento poderoso: *Ama, y serás amado*». La razón de Séneca es divina, y tiene su fundamento en esto. Que como la semejanza sea causadora de amor, y ésta sea (como dijo Platón) una cierta naturaleza en muchos individuos, por el mismo caso que yo soy semejante á uno, es él también semejante á mí. Luego, la similitud que le fuerza á él á que me ame, me ha de forzar á mí á que le ame yo á él. Además, el que ama á otro, de sí mismo se quita y se da al así amado, y se hace como cosa suya, y, como tal, ha de ser forzosamente estimada y querida. Allégase también á esto que el que ama tiene en su ánima esculpida la semejanza de la cosa amada; por lo cual el ánima del amante queda hecha como espejo clarísimo donde resplandece la figura del amado, y así, luego que el amado se reconoce á sí mismo en el amante, es forzado y compelido á amarle por amarse á sí, que está y vive en él. De esta in-

vención y encantamiento se aprovechó Dios para atraer á Sí á los hombres, porque vino al mundo hombre como ellos, anduvo entre ellos, mostróse familiar y aficionado á ellos, sirviéoles en sus pecados y necesidades; padeció por ellos cosas indignas é hizo cosas muy grandes y en gran provecho suyo. Abrióles su pecho y entrañas amorosas, tuvo sed, hambre, cansancio, dolores, y al fin murió en un palo por su remedio. Y ¿qué sacó de ahí? ¿qué? Lo que pretendía: hacernos sus prisioneros, atarnos con las cadenas de su tan grande caridad.

San Ambrosio, sobre aquel lugar de San Pablo á los filipenses: *humiliabit semetipsum usque ad mortem*, dice: (1) «Todo lo que Dios hizo por mí y para mi servicio no fué parte para humillarme á Sí y rendirme; más, luego que le vi humillado y puesto en la cruz por mi amor, prostrado por tierra le adoré y reconocí por mi Señor. ¿Cuál piensas, cristiano, que es la victoria que vence al mundo? Cristo encarnado, Cristo azotado, Cristo en la cruz, Cristo entre ladrones, Cristo muerto y en la sepultura. Él lo dijo muchos años antes por su Profeta (2): Cercáronme como abejas y encendiéronse como el fuego en los espinos; mas yo, en el nombre del

(1) Quanta fecit Dominus, audeo dicere, et non flexi ei genua, sed flexi ei postquam se humiliabit.— Ambr.

(2) Circumdederunt me sicut apes, et exarserunt sicut ignis in spinis et in nomine Domine quia ultus sum in eos.— Psal. 117.

«Señor, me vengué de ellos». ¡Oh maravillosa venganza y triunfo riquísimo del amor! Abrasáronse con el espíritu de Dios los corazones que antes eran espinosos, y como abejas al panal se juntaron á mí, y en el nombre del Señor me vengué en ellos. ¿Cómo os vengasteis, Dios de misericordia? *Matando en ellos el error*, dice San Agustín, *y despertando la fe y resucitándola* (1). Y así, desde allí á muy poco tiempo, unos murieron crucificados, otros abrasados, otros apedreados, otros despedazadas sus carnes con peines de hierro, otros desollados; finalmente, muchos que solían blasfemar el nombre de Cristo, no sólo sufrían por Él gravísimos tormentos con paciencia, más aun con gran gusto los procuraban y buscaban. *Et in nomine Domine quia ultus sum in eos*. En nombre del Señor me vengué en ellos. ¡Oh Cristo mío, amador verdadero de las almas, pídotte humildemente que con este género de venganza te vengues de mí. Ablanda, ablanda, Señor, este corazón duro; traspásale con esas doradas y penetrantes saetas de tu amor, y á este mal libre siervo aprisionale y cautívale con las cadenas de tu libertadora caridad, para que ninguna otra cosa desee ni busque sino á Ti, y morir por Ti sea mi gloria.

Verdaderamente no hay cosa que tanto me declare la bondad de Dios y su gran caridad, ni que á Sí me ate ni encadene, como verle en una

(1) Occidendo in eis errorem, et suscitando fidem.— Aug.

cruz entre dos ladrones por mí. Porque ¿qué es aquella cruz sino el trono real de David, sobre que dijo el ángel á la Virgen que su Hijo se había de asentar? ¿Qué son aquellos clavos que atraviesan sus liberales manos y cansados pies de nuestro servicio sino preciosísimos diamantes? ¿Qué son aquellos cardenales sembrados por su rostro y cuerpo sino graciosas esmeraldas? Con sus cardenales sanamos (1). ¿Qué son aquellas cinco llagas sino cinco rosas de inestimable hermosura y fragancia, ó cinco clarísimos rubíes? ¿Qué es aquella corona de espinas que como capacete cubre su reverendísima cabeza sino diadema de hermosura y reino? Hermoso es Cristo en el Cielo, pero más hermoso le parece al alma devota en el Calvario. Cuando una dama ve á su esposo herido por defenderla y volver por su honra, cuanto mayores y más son las heridas, y cuanto más feo queda de la refriega, tanto más hermoso le parece y más sin comparación le ama; porque aquella fealdad de fuera muestra la interior hermosura, y las llagas del cuerpo son como ventanas por donde se ve la generosidad de su ánimo. ¡Cuán hermoso eres, Señor, decía San Bernardo, en tu antigua gloria, y cuán hermoso cuando por mí depusiste tu hermosura y gloria! Porque, Señor, allí donde te agotaste, y vaciaste, y deshiciste, resplandeció más tu piedad y dió mayores resplandores

(1) Et livore ejus sanati sumus.— Isai., 53.

tu caridad. En todo lugar pareces hermoso al alma que te ama, hermoso en el Cielo, hermoso en el Monte Calvario, hermoso entre los ángeles, hermoso colgado entre los ladrones, hermoso sentado á la diestra del Padre y hermoso subido en la cruz por nosotros. ¡Oh, con cuánta verdad dijiste: *Si á Mí me levantaren de la tierra*, conviene á saber, sobre la cruz, no ha de quedar cosa que yo no la arrebaté para Mí! Muchas cosas hay, Esposo de mi alma, en las criaturas que tienen virtud de atraer y arrebatar los ánimos de los hombres con gran poder, cuales son: amor y bondad, sabiduría y riquezas, poder y victorias, novedad y liberalidad, y en ninguna están todas sino en Vos, que de todas y de otras muchas os vestisteis y adornasteis, subiendo en la cruz para que nadie os mirase que no hallase cebo proporcionado á su apetito y voluntad, y anzuelo con que quedase preso. Y así es que ninguno considera el infinito amor y bondad que muriendo nos mostrasteis, la sabiduría y riquezas que debajo de esa figura encerrasteis, el poder con que nos librasteis y libertasteis, el triunfo que contra el príncipe del mundo y del demonio alcanzasteis estando de pies y manos enclavado; la novedad en el modo con que nos redimisteis (obra extraña de Dios, como dijo vuestro Profeta); la liberalidad y magnificencia con que nos perdonasteis y repartisteis vuestros tesoros hasta quedaros en este palo desnudo. Ninguno, digo, aunque sea de piedra, conside-

rá esto que no pame, que no se os rinda, que no se dé por preso y encadenado para nunca apartarse de Vos. Mas, aunque es así verdad que todas estas cosas arrebatan los ánimos y los llevan tras sí, lo que principalmente atrae en Vos, Señor mío, y lo que ata á las almas es ese Dios encerrado en ese hombre que reconcilia el mundo á Sí. Todos confesamos y conocemos la virtud de la piedra imán que arrebató el hierro, con ser tan pesado, y la del electro, que levanta las pajas y las junta á sí. ¡Oh Electro Soberano y Piedra imán reprobada de los judíos, que edificaban el templo, y puesta después por clave del edificio, que no arrebatáis el hierro ni las pajas, sino todas las cosas, porque no sólo hay en Vos solamente la virtud del electro y de la piedra imán, sino las de todas las piedras, metales, hierbas, plantas, animales, hombres y ángeles, y, lo que es más, la del Padre Eterno, que os dió y comunicó con su esencia todas sus cosas! Así lo dijo el Apóstol (1). *Propuso Dios y determinó recapitular todas las cosas en Cristo, las del Cielo y las de la Tierra*. Porque verdaderamente Cristo nuestro Redentor es una recapitulación y suma de todas las cosas. Porque así como el orador en el epílogo de su oración cifra y recapitula todo lo que prolijamente ha tratado en el discurso de ella, así el sumo Artífice

(1) *Proposuit Deus instaurare omnia in Christo, sive quæ in coelis, sive quæ in terra.* — Ephes., 1.

Dios, después de haber criado todas las cosas distintamente, en el sexto y último día formó al hombre, en el cual se contienen y epilogan todas, y, por consiguiente, en esta última edad y tiempo levantó y mostró al mundo á su Único y consubstancial Hijo Cristo Jesús, en el cual se contienen esas mismas cosas con mayor excelencia que en los demás hombres, y más que todos juntos, porque, en cuanto Dios, contiene en Sí al mismo Padre que le engendró. Así lo dijo Él: Mi Padre está en Mí y Yo en Él. Contiene al Espíritu Santo, y así dice, tratando de su misión: *ille de meo accipiet, et iterum, mittam vobis eum*. Y, como los teólogos dicen, no envía sino el que produce, ni produce si no contiene primero en Sí lo producido. Item, contiene en Sí todas las perfecciones divinas. Así lo confiesa Él hablando con su Padre (1): *Todo cuanto es mío es vuestro, y cuanto es vuestro es mío*. Las cuales cosas, como son infinitas é inmensas, es imposible explicarlas. Porque contienen en sí piedad, justicia, clemencia, fortaleza, hermosura, imperio, reino y, finalmente, todos los divinos atributos. De manera que no hay que poner los ojos en otro que Cristo, pues todo lo que el alma puede desear lo hallará en Él, que es el guarismo y la suma de todo lo bueno que hay en el Cielo y en la Tierra junto.

Para mayor inteligencia se ha de notar, que

(1) *Omnia mea tua sunt.*—Joan., 17.

cuando Dios crió todas las cosas en particular, y de por sí cada una, dice la Escritura que las alabó de *buenas*; pero, al mirarlas todas juntas, las enalteció de *bonísimas*. La razón de esto (según sentencia de San Agustín), fué porque, además de la bondad que cada una tenía en particular, de la liga y trabazón que todas juntas tuvieron, se les creció otra bondad accidental, de suerte que merecieron nombre de *muy buenas*. Ejemplo de esto tenemos en las voces; que, aunque cada una sea muy suave y buena de por sí, si se juntan y conciertan todas, hacen una armonía y música suavisima, que arrebatada y suspende los ánimos de los oyentes. Ó como el ramillete de muchas y varias flores, que cada una es olorosa y vistosa, y juntas huelen más y parecen mejor. Así en el propósito: buena es la luz, buena la tierra, buenos los cielos, buenos los elementos; pero todo junto *bonísimo*. Tanto, que vino á decir Santo Tomás que no se puede mejorar una criatura esencialmente sin hacer disonancia en todas, por ser el mundo como una vihuela bien acordada y templada, y que no se le puede subir una cuerda sin que todas disuenen. Pues si en el mundo mayor suenan tan bien estas voces, ¿qué consonancia hará en el menor, que es el hombre, donde son más unas y con mayor perfección ayuntadas? Pues subamos á contemplar las cosas del nuevo mundo, el cual fundó Dios en la última era del mayor y menor mundo, y por otro nombre se llama reparación

ó renovación del viejo mundo: la Encarnación del Verbo divino digo, y la redención hecha por Cristo, y veremos que, aunque fueron muchas sus hazañas y dignísimas de ponderación, consideradas separadamente cada una, si las amontonamos y atamos todas, resulta de ellas una extraña admiración, y hacen una tan soberana armonía, que suspenden y arrebatan los entendimientos é inflaman y abrasan las voluntades en el amor del que las hizo. Todas las consideraba juntas y eslabonadas la Esposa, cuando en los *Cantares* dice (1): *Ramillete de mirra es mi querido para mí, y en mis pechos le traeré siempre guardado*. Algunos graves autores quieren decir que la mirra no se coge en rama, de suerte que se haga de ella manojó, sino en polvos; y así en el griego está *fasciculus states*. Que era la gota ó resina de la mirra muy prima, la cual se molía y hacía polvos para la composición de los olores, de que se hace mención en el Éxodo y en Ezequiel. Si decimos que tenga hojas la mirra y ramos, quiere decir la esposa que, de todas las obras que Cristo su Esposo obró en la tierra para nuestra reparación, tiene hecho un manojó, el cual trae siempre en su corazón. Si decimos que son polvos, tanto mejor, porque nos quiere significar que no piensa en otra cosa, de día ni de noche, sino en su Ama-

(1) Fasciculus mirrhæ dilectus meus mihi inter ubera mea commorabitur.—*Cant.*, 1.

do, y que su meditación es tan continua que le tiene hecho polvos y atado y guardado en sus pechos, que es el lugar que con más cuidado guardan y encubren las honestas doncellas. Lo que mucho se estima, no se guarda menos que en el pecho. ¡Oh, con cuánto cuidado guarda un alma á su Esposo celestial cuando de su amor está herida y presa! No le trae á las espaldas, como muchos (que jamás se acuerdan de Él), sino en sus pechos, donde siempre le vea y contemple, como aquel que decía (1): «Proveía yo de manera lo que tocaba al servicio de Dios, que siempre andaba en su presencia». Ha de andar Cristo molido y hecho polvos, rumiado y desmenuzado por continuas meditaciones, pero junto y atado como cosa preciosísima. Mas ¿adónde está junto y desmenuzado y molido y amargo de hiel? En la cruz. Allí se me representa, luego que le miro, su nacimiento, su circuncisión, su hambre, sed, cansancio, ayunos, tentaciones, dolores, angustias, vigiliás, oraciones, lágrimas, afrentas, deshonras, bofetadas, azotes, y, finalmente, su atrocísima y afrentosísima muerte. En cada una de estas cosas, si repara el alma, como abeja codiciosa y artificiosa hallará miel dulcísima y de admirable sabor. Pero si las ata todas juntas y las mira con espíritu y devoción en el Crucificado, habrá de confesar con Isaías que *Dios es admirable*.

(1) Providebam Dominum in conspectu meo semper.—*Psal.* 15.

Concluyamos ya este razonamiento, con decir que Cristo crucificado es el guarismo y la suma de las obras de Dios. Allí está, y allí miraba todo lo que dijeron los Profetas, cuanto figuraron los sacramentos y sacrificios de la vieja Ley, y, finalmente, todo lo que, con infinito amor, Dios hizo por los hombres. El profeta Isaías dijo muchos años antes esta cifra, que Dios había de hacer (1): *Hará Dios una abreviatura en medio de la tierra, el cual, como dicen los cosmógrafos, está en el monte Calvario. Y ¿qué abreviatura? Mirad si está Dios en la cruz bien abreviado; allí abrevió la Ley, los Profetas y el Evangelio. El mismo Isaías lo dijo (2): Verbum abreviatum faciet Dominus super terram. Hará Dios una palabra abreviada. La cruz es palabra abreviada, pues no es más que una y tiene en sí abreviada la justicia, la sabiduría y la misericordia de Dios. Pues ¿qué mucho que esta piedra imán y este divino electro, en el cual hay tantas virtudes, diga que, levantado en el palo, ha de arrebatarse todas las cosas á Sí? Aquel gran contemplativo Gilberto, abad, hablando con Cristo, dice: «Todas las cosas que hay en Ti, Jesús bueno, tienen una cierta eficacia y virtud atractiva; y á los que piensan en ellas los incitan y estimulan al afecto; pero no todos podemos alcan-*

(1) Consummationem et abreviationem faciet Dominus in medio terræ.—Isai., 10.

(2) Verbum abreviatum faciet Dominus super terram.—Isai.

zar todas las cosas. Las altas quédense para los altos y perfectos, las humildes para los pequeños y para todos». ¿Qué mayor humildad que ser levantado en un madero de la tierra el que crió el Cielo y la Tierra? ¡Oh humildad, poderosa para arrebatarse, no sólo á los hombres, sino á las piedras! ¡Oh qué grande maravilla es no pasar un alma y salir de sí con un simple y solo pensamiento de Dios crucificado! Si me levantara en alto (dice nuestro Dios), todo lo arrebataré á Mí; lo que hay en el Cielo y lo que hay en la Tierra. En el Cielo hay bienaventuranza y santidad; en la Tierra, culpas y penas; porque de la manera que los moradores celestiales tienen santidad y felicidad perpetua, así los hombres, en la Tierra, ninguna cosa tienen tan propia como pecar y sufrir penas por sus pecados. Mas el Mediador de los hombres, Cristo puesto en la cruz, juntó en Sí la santidad y la culpa, pareciendo y padeciendo como culpado, y permaneciendo Santo. Juntó la felicidad y la pena; porque, aunque sus dolores no tuvieron iguales ni semejantes, en medio de ellos no perdió un punto de su felicidad y gloria. Pues ¿á quién no arrebatarán cuatro cosas tan desiguales como son culpa y santidad, penas y gloria, si con atención las mira y contempla en el Crucificado? Con mucha razón dijisteis Vos, Dios mío, que «convenía levantaros en un palo, como levantó Moisés la serpiente en el desierto», para que, como mirando á aquella sanaban los que se

hallaban heridos de las vivas serpientes, sanasen las almas heridas de los demonios mirándolos á Vos crucificado. Sino que no parece que cuadra ni que hace consonancia compararos Vos á la serpiente, que tenía figura y representaba la persona de la antigua serpiente enemiga del género humano. ¿Qué tiene que ver el príncipe de las tinieblas con el Príncipe de la luz? ¿Qué la figura de Cristo con la de aquella ponzoñosa bestia? Pero la conveniencia que hay no es más que en la exaltación, en el ser levantada aquella sabandija en el palo, como Vos lo fuisteis en la cruz; pues la salud, por diferente y opuesto modo se alcanza. Porque los que á Vos os miran sanan, dándoles Vos como causa eficiente y medio poderoso la salud, según aquello del salmo, que dice (1): *Envió su palabra y sanólos*. Mas los mordidos de las serpientes, aunque sanaban mirando á la serpiente de metal colgada, no era por mirarla con afición, como sanan los que á Vos miran, ni pidiéndole la salud que no había en ella, sino aborreciéndola, por ser figura de aquellas ponzoñosas culebras que Dios había enviado en pena y castigo de sus pecados; porque, trayéndolos con este mirar á la memoria, se compungían y dolían de ellos y alcanzaban de Dios misericordia. De manera que aquella horrenda figura les representaba el horror de sus pecados y el castigo de Dios. En lo

(1) Misit verbum suum et sanabit eos.—Psal. 106.

cual también parece que os figuraba á Vos, Señor mío; porque, para conocer yo la gravedad de mis culpas y el castigo que merecen, basta miraros á Vos como serpiente, colgado de un palo por ellos. Gran virtud la de Dios crucificado; y no es posible mirarle con afición y no quedar presa el alma y encadenada de su amor. Tal estaba aquel que decía (1): *No puedo huir de Dios, ni sé por dónde*. Mas ¿quién podrá romper tantas cadenas? ¿Quién podrá hurtar el cuerpo y corazón á tantas obligaciones?

Séneca llamó cadenas á los beneficios. Pues el alma que conociere los que ha recibido de su Dios, ¿será posible apartarse de Él? Y, por ventura, ¿no está presa y encarcelada aquella ánima que ni se puede olvidar del Esposo á quien entrañablemente ama, ni pensar en otra cosa fuera de Él? ¿No está presa y sin libertad aquella que en todas sus ocupaciones, conversaciones y negocios, sólo en el Amado ocupa su memoria? A Éste revuelve de día y de noche dentro de su corazón; con Él se acuesta, con Él se levanta, en Él sueña durmiendo, y velando piensa siempre en Él.

De lo dicho se colige fácilmente la ventaja que este segundo grado de amor hace al primero; porque éste, ni por un brevísimo espacio de tiempo deja tener quietud al alma que en su poder tiene presa. Por lo cual decimos que, aunque no de

(1) Perit fuga a me.—Psal. 141.

todo en todo sea verdad que el estar atado sea más que estar herido, eslo al menos, de ordinario, que mucho menos es salir uno de la batalla con una y más heridas y con su libertad, que quedar preso y con las mismas heridas, y aun con solas las prisiones, pues pierde con ellas la libertad, que no tiene precio. Las heridas sanan, y acábase el dolor; pero ¿cuál será el del preso y lleno de llagas? Al fin, el primero es libre y el segundo cautivo. Lo que quiero significar y decir por este ejemplo es que, en este grado segundo del amor, no se admiten interpolaciones ni declinaciones como en el pasado. Porque, á la manera de una calentura aguda y continua, quema y abrasa el ánima, y con el perpetuo ardor de su deseo la enciende, sin darle reposo alguno en ningún tiempo. De manera que, como el enfermo que actualmente está en la cama con una fiebre ó cición muy recia, y el que, amarrado á un poste con una gruesa cadena, no pueden alejarse más de aquello que lo ancho de la cama y lo largo de la cadena les da lugar, así, el que de este tirano amor está poseído, en cualquiera cosa que haga, adoquiera que se vuelva, siempre se conoce atado, porque se halla presente á lo que con tanto cuidado quiere y ama, sin poder alejar un punto su pensamiento y deseo de ello.



CAPÍTULO IV

Y TRIUNFO TERCERO.—DE LA ENFERMEDAD
DEL AMOR

MUCHAS cosas notables del amor dijo Diotima en el convite de Platón, y una de ellas fué que inducía enfermedad. Y así le pintó macilento, seco, inculto y desaliñado. Porque á los aficionados fáltales el humor y el calor de que la vida de todos los animales y árboles consta, por cuya causa enflaquecen, enferman y se secan. Que llano está que la sequedad en las cosas es por falta de humor; y la magrez, flaqueza y mal color por carecer del calor sanguíneo. Por esto, los que vehementemente aman, de ordinario siempre andan flacos, amarillos, secos, ahilados y de color de muerte; pues, como naturaleza no basta ni puede acudir juntamente á dos obras adonde va la intención del ánimo aficionado, y adonde se ocupa toda, que es en el continuo pensamiento de la cosa amada, va también la virtud de la natural complexión, y á aquello sólo atiende. Y así no se cuece perfectamente el manjar en el estómago. De donde proviene